

el derecho
d e

m a t a r

serafin del mar
magda portal

1 9 2 6



peligroso!

para

los burgueses de la literatura

es propiedad de los
autores

copyright by "agitacion"

de serafin del mar

14 FEB. 2002

a

henry barbusse

i a

"las tres tragedias del lamparero alucinado"

de

sigmon remeyick

56657

32000

BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERU



nuestros libros

“el desfile de las miradas”

magda portal

“radiogramas del pacífico”

serafin del mar

“vidrios de amor”

magda portal

“los espejos envenenados”

serafin del mar.

BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERU

Los hombres del mar

Todos los marinos aullaban a la noche como si tuvieran perros desgarrados metidos en el alma—

Los silbidos del viento buceaban la proa, donde abandone los ojos—allí se torcieron las sombras del día ahorcadas por el horizonte—Funerarios centinelas se paseaban por la cubierta timoneados por el frío del Este.

El mar dormía como el viejo Capitán, soñando en las colinas de la costa donde los golfillos exprimen los pechos de la mañana para prenderse como pulpos hambrientos y succionar el veneno de la miseria

El trasatlántico marchaba a 16 millas con un cansancio de Continentes y sopor de oceano

Los obreros con los pechos descubiertos atizaban los hornos ardidos—los motores—como un un cerebro--se desesperaban cinematizados en el sudor de los hombres embetunados—Allí, los fuertes!—Los

hombres! con una sonrisa amarilla y brazos cósmicos dinamizaban las hélices

Ah, los fuertes—desfilaban a media noche como espectros vivientes por los pasadillos indecisos a sus camarotes abandonados donde la muerte guardianea con himnos de fiebre—simulando alegría en el wiski de contrabando.

El Capitán dormía—En la embriagues todos los marinos con la salvaje exigencia sexual cambiaban de sexo maldiciendo la vida, hasta morder con crispaciones de fiera las botellas y masticar el vidrio con la cólera broquelada de lágrimas

En en el hall los de Wall Street, jugaban con el champagne y las serpentinas se sonreían en sus colores

La alegría del dancing se ajusticiaba en las puertas antes de salir—las risas reventaban en las vasos de cristal como pompas de jabón—

La música expiraba su última nota cuando las parejas desfilaban a sus camarotes con rayos de amor en el cuerpo—

—La música decoraba el espectáculo

Afuera el frío acariciaba hasta hacer botar sangre a los marinos
Los mástiles se quejaban en su silencio preguntón del azul—

La NOCHE dormía en las sentinas incrustándoles ideas a los marinos llenos de soledad, dolor, miseria, vicio

En el salón los privilegiados, los burgueses, oscilaban su entusiasmo en los brazos de las mujeres con los pechos erectos que invitaban regresar a la infancia—Los hombres rubios con ojos de hierro o inteligencia de dollar cazaban en sus arcos ebrios todas las miradas

La noche se estremecía en las manos de los marinos que blandían puñetazos a sus rostros negreados—De allí nació el odio y la venganza cabriolada por la angustia

Una sola voz despertó y erguidos como los mastiles chorrearon de sus ojos chispas rojas que incendiaron el cerebro—De sus cavernas salían los hombres semidesnudos pulsándoles el pecho como una cuerda

—Los hombres se miraban tragándose unos a otros

Todos los hombres como movidos por una fuerza eléctrica—gutturando blasfemias que enrojecían las brisas—se precipitaron al salón, rojas las bocas con los vidrios incrustados en la mandíbula

Columpiábase en la depresión de los ojos que brillaban hasta producir escalofrío, la peste

Como una bandada de mendigos miraban envejecidos de rabia el salón pulverizado de luz y risas

Unos pedían licor—De pronto la música se suicidó

Las mujeres corrían desesperadamente a sus camarotes—Un marino de bronceadas manos le cortaba el cuello a un alto gentleman de frac con un vidrio deforme que rechinaba en la garganta

El hombre se debatía entre las piernas como una ola—La sangre saltó como de un surtidor a la boca del marino que saboreó rabioso

Los gritos partían la noche—apenas salían se enterraban en el mar

Los hombres ya de caras torcidas arrastraban con sus cuerdas por el piso encerado como un espejo cínico que nos hace ver el alma invertida, las cabezas extranguladas en los fierros—y los hombres gritaban como una jauría de lobos en el escenario pulcramente decorado por las manos ensangrentadas que pedían auxilio

Más allá—las mujeres se ahogaban en su llanto, protegiendo a los hijos entre sus senos asustados, pero los hombres, aquellos hombres de ojos dilatados y manos ensangrentadas se arrodillaron ante las madres que se retorcían como una madeja, destrozándose los cabellos que volaban como serpientes—

Los niños miraban con cara extraña, prendidos de los senos, a los marinos que reían con la mandíbula estrangulada y hundida en cara

La mañana aguaitaba por los vidrios con miedo—El Capitán amaneció muerto

El super cosmopolitismo de mi amigo

Un día se encontró de sorpresa en el bulevar de Montmartre al lado de José Delteil en el miting de protesta que hicieron los obreros de las fábricas de París contra el abuso del Parlamento para esclavizar la libertad del hombre marroquí y cuando los anarquistas aprovecharon para arrojar bombas al Palacio y apedrear a su presidente

Próspero, nacido de esa multitud enardecida miraba con sus ojos de fuego el ir y venir de los autos—palmeando las espaldas de los Omnibus, bailaba sus dedos sobre la cabeza de los Imperiales y destapó el seso de un joven suramericano que fumaba todo el crepúsculo de Xamaica

Próspero—no sabía como se llamaba—era como un bólido de

esos que se presentan al azar—Ciudadano del Mundo—hijo de la mujer—quien sabe!

Amaneció su voz a los veinte años, nacido en esa misma edad escupía insultos a todo el siglo y abofeteaba las entrañas de la vieja Europa que se asusta de América que tiende sus brazos de pulpo al Universo

Hoy es el único hombre libre sin procedencia, con absoluto desconocimiento de la vida, pero cree que es una cinta cinematográfica tomada en Alemania durante la guerra y con el concurso de los Zepelines

Una tarde de invierno cuando la nieve polveó la cara de la ciudad y la neblina perfumó sus labios perezosos donde se suicidan los gritos de espanto que silban las cañerías de la miseria—hizo el descubrimiento más grande de los colonos, sacando de uno de los cubos cerebrales un poema que caldeó los polos y entusiasmo al ecuador—Todos los talleres gritaron como apretados por un timbre flameando el humo de sus banderas

Aquel muchacho de cabellera provinciana era un poeta—desde luego un hombre completo—Embarcó sus inquietudes por cualquier puerto a la América de leyenda amarilla, esperanza de manzana y risa de loros en el sol del trópico, trayendo un equipaje surtido de ilusiones y cinemismo raro de proyectos. Entre su maletín venía uno interesante piando como una ave: La teoría relativista de que el hombre hace lo que puede y no lo que quiere

Cuánta risa almacenó en su cara cuando a bordo escribió en el mar sus mejores poemas que borró con las olas verdes y musgosas del tiempo, pero aun le queda el recuerdo de la emoción que iba llenando los bolsillos con todos los himnos que invita el horizonte a los mari-

nos—Si—este venía de timonel soltando las redes de sus ojos a la cara azul del panorama de donde había bebido más de una vez el cognac de la audacia

Navegó 30 días en su barco mercante de salsas y quesos para Nueva York—allí—en la Avenida Brodway donde el más cosmopolita de los viajeros se ve pisado por todos los motores, donde el más yanki hace gritar sus cinco sentidos para pasar por el gelatinoso barrio de cabezas humanas con alto-parlantes y ojos chorreados de gasolina—Allí Próspero ahogado por los rascacielos y asfixiado por los réclames corrió con los caballos Ford en busca de Carl Sandburg, con quien se había escrito anteriormente, pero el poeta de la pipa eterna (dicen que nació con ella) estaba en cama dando a luz un poemita de Whitman con asistencia de la obstetrix miss Amy Lowell—Próspero no sabía hablar inglés y pensaba en su idioma inventado por el hombre que nace a los veinte años—el más bello y sintético que los humanos no han llegado a comprender hasta apostrofarlo tímidamente: «Señor Embajador de Marte»

Este extraño ladrón de metáforas perseguido por toda la policía de la Academia pasó por la tierra de los aztecas huyendo de la manifestación que le preparaban una legión de piratas; entre ellos Maplhes Arce, Kin Taniya, Cardoza y Aragón hasta llegar a Panamá—ombligo de la tierra—el canal que él había visto hace 205 años junto con los sumergibles y los atomóviles que volaban

Él, que desde las esclusas había visto levantarse un puente de fierro a las fronteras de Europa para que crucen los eléctricos—había visto también a los hombres de hoy del tamaño de la torre Eiffel, pero los hombres son 3 centímetros más pequeños que él

Por sus manos atravezaban todas las líneas radio telegráficas del Orbe—por su cerebro—estación receptora de los pensamientos se

voceaban los más importantes diarios, sus ojos eran el ecran de los rápidos y llegó con las puertas abiertas de su alma al Perú

El crepúsculo teñido parecía que sostenía el muelle custodiado por la policía. El mar—era un mar de pájaros y peces flotando los cadáveres hinchados

Humaredas de sangre se escapaban por el puerto oliente a matriz podrida—Los perros con lenguas incendiadas arrastraban las vicinas de los obreros por las calles asfaltadas de fuego—Los cadáveres hinchados como navíos fondeados en tierra tripulaban las aves hambrientas como las mujeres que se comían los codos en los rincones agudos y profundos de la noche donde el quejido de las balas perforó la sien del silencio

Los soldados en patrullas olían a cementerio descubierto con el vestido y los zapatos pegados al cuerpo, pero escupiendo la muerte a todos los anarquistas de la Revolución Social

El viento arrastraba olas de putrefacción y los niños se despedían de sus padres en las puertas heridas de hambre—Solo una lágrima en los ojos de esos valientes niños

Las patrullas fantasmas centelleaban sus bayonetas, con pasos macabros que resonaban más en el hueco de la noche

Por las gargantas de algunas calles se izaban vivas a la revolución—los tiros se desgranaban como de un infierno y banderas de pólvora asfixiaban la luz de las estrellas

Por todas partes se veían hombres arrastrados y extrangulados, valientemente altivos—los intestinos enredados a los pies de la caballería que cabalgaban los esclavos

Tres días la ciudad olía a carne humana en putrefacción—un viento amarillo y morado salía de los cadáveres tendidos

Cinco días—murieron los caballos, los perros y las aves que picoteaban los ojos de los cuerpos envenenados—Los soldados se caían botando sangre por la boca, con los ojos que parecían linternas rojas

Dos meses—tres meses—Los esqueletos en las calles servían de trinchera—Jauría de perros extraños y rabiosos en los campos aullaban desesperadamente—De las montañas bajaban las aves carnívoras con los picos gruesos de sangre—Carabanas de microbios cabalgaban las nubes que se asilaban en la peste que visitaba de pueblo en pueblo

Los Asilos cerraron sus puertas—La peste invadió las casas—Se esquelitizaba la ciudad con un color verde pálido—Las fábricas paralizaron por falta de hombres—Se construían nuevos cementerios

En esa dasesperación tremenda de sangre, sangre, sangre, triunfa la revolución y se izó la bandera roja en los Andes

Carretillas haciendo sonar huesos pasaban por las calles hacia el mar—Fué la única vez que sintió mi amigo alegría en la vida—y abrazó al pueblo peruano como abrazó al pueblo ruso. Dejando un retazo de su alma se fué a vagar como todos los que no tienen patria ni hogar por los pueblos de América, soñando despierto en los ojos de la LIBERTAD.



El viento

Era el siglo XX.

Los aeroplanos, los automóviles, los rayos X, el radio, la adivinación del pensamiento, desconcertando el sentido de la Vida, creaban una nueva lógica, sobre la ilógica. Surgían Einstein, Spengler Curie, Voronoff

Cristo miraba desde su retiro espiritual. Ya no los papiros del viejo Egipto, socababan los buzos de sus ojos. Estos pigmeos de los hombres, sabían más que Prometeo el ladrón del luminoso secreto

Revolvía la bola del mundo entre sus dedos de misántropo celeste, como otra vez la conciencia de los hombres-niños, para amasar la primera revolución de amor. Y se le tostaban las manos con la guerra europea

De repente, en la mancha blanca de Rusia, chorreaban ríos de lágrimas, como para deshacer la Siberia. Y de todo el globo se elevaban los vahos de la angustia, produciéndole el vértigo de los abismos

Cristo se hizo niño y bajó

Pero bajó en el vientre de una bella burguesa que no conocía sino los deberes de la mujer—la obediencia y la reproducción de la especie—y cuyo marido cargaba los distintivos de los asesinos impunes; los galones militares. Y bajó sin memoria. Grande virtud de los creadores

Fué niño hermoso, bien cuidado, y hasta ayudó a su padre a escupir en la cara después de haber pisoteado la dignidad de un hombre del pueblo. Pero de pronto en los ojos del hombre se incendiaron dos hojas de puñal para gritar: militares! ya caerán

Y en el corazón de Cristo de ocho años se despertó SACHA YEGULEV.

«Los hermanos del bosque» extraña cofradía de jóvenes, hijos de familias notables del país. Los sucios y harapientos a cuyo nombre temblaban los burgueses y que solían decorar semanalmente de rojo el horizonte, cuando ya habían muerto los crepúsculos. Los hermanos del bosque, cuyas casas eran los árboles, y cuyas fiestas después de jurarse acabar con los explotadores del pueblo, concluían llorando a la voz de las balalaikas ingenuas como niños

Aurora de las revoluciones.

Los llamados de Dostoiewsky, Andreiev, Gorki, repercutían hasta en el alma de los lobos de las estepas siberianas, y más allá, en la China. Y más aún, en AMÉRICA.

El niño pálido y desastrado, que había sembrado su vida de cadáveres como de enormes lirios rojos, y cuya fama sanguinaria se extendía por el mundo, fué llevado al patíbulo como un monstruo rabioso, por su padre. Pero Sacka Yegulev brotó de las raíces de la tierra, multiplicándose hasta donde no llegan los números. Sacka no había

muerto; en todas las cofradías de vengadores flameaba su nombre en un grito rojo

Los despotismos de Europa empezaron a aullar como canes frente a visiones de ultravida. Sacka Yegulev como un fantasma de dimensiones inconmensurables, se interponía al sol, y apagaba a los hombres

Hecho viento sacudía en su onda revolucionaria los cabellos de los estudiantes que desde allí sacrificaban su vida, sus anhelos, su juventud, para ofrendarla a la causa libertaria. Hecho médula, recorría la espina dorsal de los hombres simbreada por la humillación, y la erguía a la estatura de la dignidad

Sacka Yegulev caminó por todos los hombres de la Rusia de la Libertad. Y sopló su aliento caliente. Como un baño eléctrico, los Hombres se conmovieron. Se insinuaba en los aires del mundo una marsellesa de alegría

Pero como todos los Sacka habían muerto en los millones de cadáveres de la guerra europea y de la revolución rusa, Cristo encarnó en LENIN

Su compañera, pálida y agitada de grandes presentimientos, le impelía a la lucha con más ardor. Noches enteras de insomnios destructores y constructores, cojían las picas de la libertad y derrumbaban los palacios, donde se empezaban a alzar los cimientos de la Conciencia Libre. Y como en la llamada de Andreiev o en las voces de Juana de Arco, sentía la novedad maravillosa de una faz nueva en el cuerpo del mundo. Y sonreía, como una madre ante el hijo que le acaba de nacer.

Cristo en la cena sin Judas distribuía a todos los obreros del Progreso, pan de Libertad y vino de alegría. Los comisarios del tra-

bajo le estrechaban la mano. Tenían las cabezas cubiertas, pero en los ojos sonreían las lágrimas.

En Leningrado está la tumba de Cristo. Desde sus plataformas oyen los vientos las voces de los predicadores libertarios

Cristo en su calavera sonríe porque el sueño que tuvo ahora veinte siglos recién tiene su encendida y maravillosa culminación

Pero fueron los HOMBRES los que le prepararon el camino.

El derecho de matar

«Yo asesino? Asesinoooooco

Nó

Nó»

La luz sollozante en su prisión se ahogaba y la sombra pulsando su corrosiva angustia que se helaba en un grito, hacía temblar el sol que en el techo se desesperaba por aullar

«Yo asesino?

custodiado por estos muros donde pego los ojos manchados todavía de sangre -Inutil izar de las manos para agarrarme de una idea que me liberte

El viento me taladra todas las blasfemias que se incrustan al vacío

Yo asesino! sí por la injusticia, por la injusticia de los hombres! Por el hambre que ha roído mis entrañas—por el hambre que me hizo malo—

Por el HAMBRE que me hizo matar!»

Un llanto de gritos desgarrados como una jauría de dolores se llevaba el viento de la cárcel

Acompañado por la policía visitaba el hospital donde se morían de tisis los presos—En las puertas de acero los centinelas hacían sonar los cerrojos con maestría de verdugos

De improviso

unos ojos me ladraron—era un hombre 113 de uniforme azul—con gran melena rubia, ojeras donde la vida se duerme despiadadamente, frente amplia como un océano donde está zincografiada la tragedia.

«Yo criminal»

y sus ojos relucían como custodiados por puñales.

Me acerqué temblando para hacerme su amigo, le extendí las manos como a un compañero y él me las rehusó—nos miramos frente a frente unos minutos—sus ojos me decían vete, pero sus labios se contraían sonrojándose de ira para contarme su vida que se lamía las heridas como una fiera

«Heredé de mis padres hambre y miseria—atorrante—y hombre desgraciadamente, en los puertos malditos cuando la noche anclaba salían vagabundas mujeres oliéndose el sexo como perras hambrientas—

No ve usted como se me pudren las carnes? Todos los días amanecía en los muelles tendido de largo a largo en el frío alimentándome de escarchada neblina

La mañana despertaba siempre en los mástiles y todos los pitos llamaban a los obreros, a esos hombres que se burlaban de mí, riéndose como se ríen los canallas

Mi vida era buscar trabajo en las fábricas, pero, ay! me veían tan roto de traje, temblando de frío y de hambre que ni siquiera me

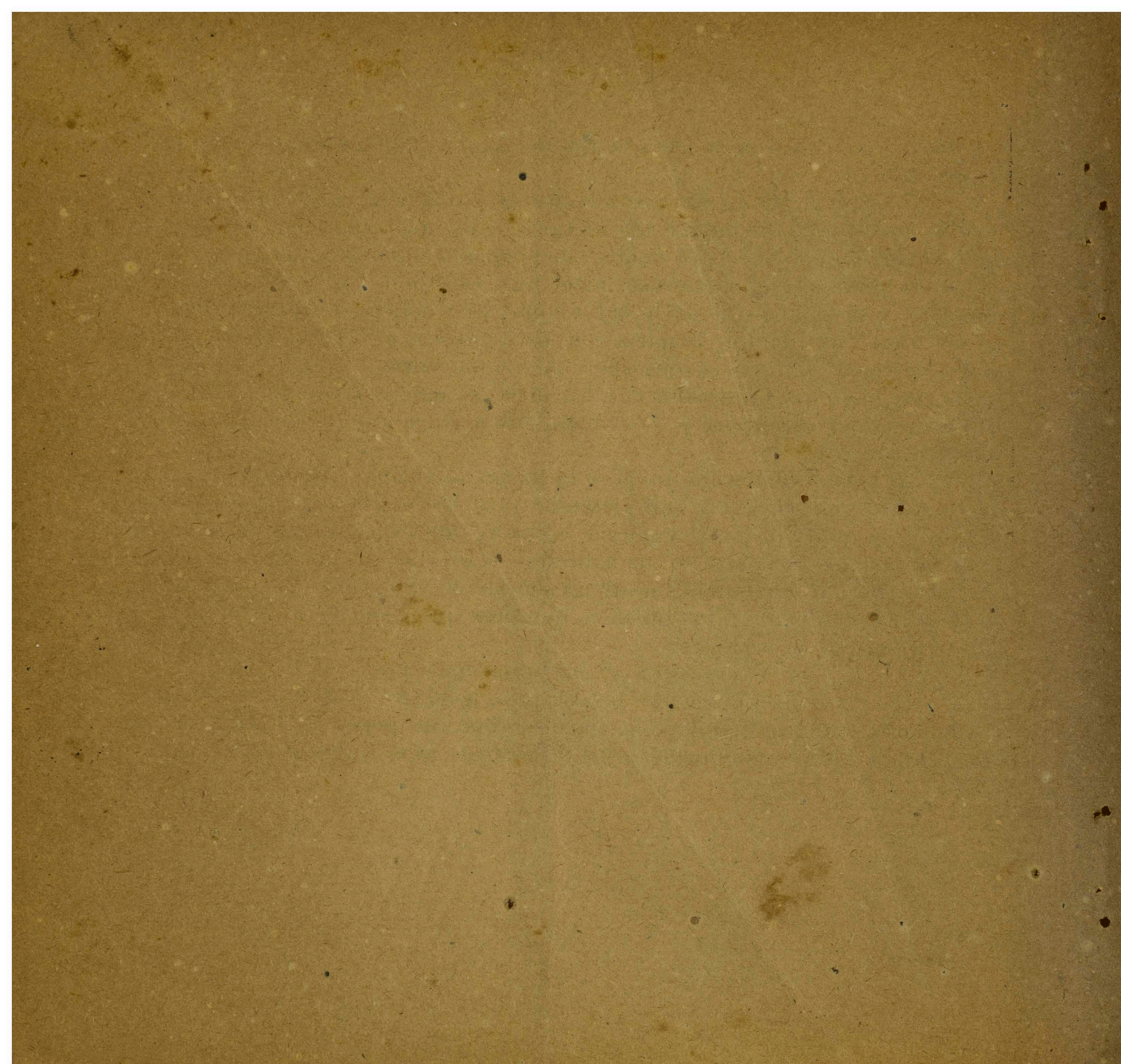
dejaban asomarme a la puerta que me botaban a patadas los guardianes de los señores.

Y un día! Obligado por la falta de fuerzas se me incrustó la idea de matar—Sí, de matar! de matar! Era un comerciante—aquí, aquí lo estrangulé con estos dedos que apenas se metieron las uñas a la garganta hasta que el asqueroso hizo un gesto con los ojos que se le saltaban y la lengua que se le batía como una hélice—más le apretaba las uñas mordiéndole la nariz con los dientes rojos ya de sangre, los dedos rojos de sangre se desesperaban como diez hombres asesinos hasta que cayó del mostrador con los últimos respiros que se murieron en mi boca espumosa y horriblemente arrugada, con los dientes que querían saltar.

Al verme dueño me invadió la locura sin atinar a sacar siquiera un saco que me abrigue y salí gritando por las calles con todas mis fuerzas—lo maté! lo maté! y corría como si me persiguieran también para matarme—Después no me acuerdo—solo me dí cuenta cuando me llevaron a los tribunales a oír mi sentencia—20 años—20 años de prisión me condenaban los mismos hombres que me llevaron a matar—Injusticia de las leyes!»

Y se puso a gritar como un niño

He visto al hombre irse paso a paso a llorar en un rincón como un recién nacido, arañándose las carnes como un perro mal de rabia, chispeando fuego sus enormes ojos dilatados que querían extrangularme



Círculos violeta

Humareda de angustia hasta ahogar las lágrimas de las estrellas
Caminaba por el camino sin direcciones, estremecida por los
fantasmas de la neurastenia

Y es que en el fondo de las entrañas, con un chisporroteo tenue, sintió el hervor de una vida que no era la suya

AMOR—

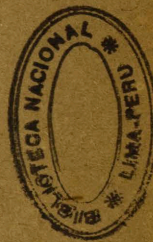
Pero es que el Amor encierra la única razón del HIJO?
Ya debiera encenderse dos ojos profundos la ceguera criminal de la
Naturaleza

Para qué?

Día a día, como un puñal que penetrara en una roca, se le clavada la interrogación

Para qué?

Todas las noches mirándose en el espejo de su carne—fatigada y enferma por el proceso lento, se le apretaba el corazón—Y hubiera



querido, con el espíritu de rodillas, amanecer como si fuera todo un sueño

PARA QUÉ?

Le quemaba el hierro de la pregunta

Sus pulmones mordidos por la tuberculosis, su soledad, su vida sin objeto, vagabunda en la vastedad hostil de la tierra

Para qué pues el hijo? La prolongación de las lágrimas mudas, del abandono, del extravío? La prolongación de las miserias del mundo!

Y la negación rotunda no le rasgaba las entrañas

Todos los días hervía un poco más aquel fermento del acaso

De sus ojos brillantes y lánguidos salía a bailar en las ojeras y en la cara extenuada

Y en verdad sentía como si llevara en su vientre todo el dolor de la humanidad

Los fantasmas de neurastenia le hundían sus dedos en las celdillas del cerebro

En sus ojos empezaron a inmovilizarse los paisajes más rojos

Cuando llegó la Hora, cayeron sobre sus pupilas los telones de la indiferencia

Le miró curiosamente—como a una muñeca de biscuit

Tenía claridad de aurora en las pupilas, y las carnes suavemente rosadas—Era una niña

Lloraba—estremeciendo la dulce masa de su carne

Le envolvió en unos trapos y se echó a andar por las calles— como siempre. no llevaba dirección

Al fondo divisó en su mole blanca, el Hospicio de Huérfanos— Retrocedió—Incubador de esclavos y de asesinos

Caminó en sentido contrario—La masa negra del río, tan profunda y tan negra, que parecía inmóvil, copiaba el panorama del cielo

Le miró largo rato recostada en un árbol
Después envolvió a la niña en su amplio abrigo,
y sencillamente, la arrojó

El río se abrió en un punto para dejar pasar a la huésped—y se
volvió a cerrar

Solo un instante se quebraron las estrellas en sus ondas revueltas
La MADRE tomó el regreso a su posada—bañada de indiferencia—
Se insinuaba la aurora—como en los ojos de la niña
Todos los pájaros lloraban

El pirata sideral

Era este como todos los hombres...? Nó—Tenía en su faz el misterio de sus miradas, tenía el misterio de poseer alma de pirata, en cuyos labios danzaba la vida, tenía el misterio salvaje de su huraña amistad.

Era silencioso como las aves en presencia del hombre, pero sus ojos revolucionarios querían dominar el universo con los puentes que se están levantando para unir los Continentes

A veces era ruiseñor que cantaba su trova paralela hasta que un día aprendió a llorar en los labios de una mujer y desde entonces por la ruta perdida se alarga como una sombra llevando la constelación apagada en su pedazo de carne, donde han bebido su canto todos los buhos que muerden los diálogos subterráneos encaramados sobre los pensativos muros—

Era un cazador de estrellas sobre el panorama de su pensamiento, masticando el tiempo falso sobre las ciudades levantadas en la palma de sus manos—con el único gran sentido del hombre: La COMPRENSION—pero daba alaridos horribles por falta de alegría hasta que la gente huyó de él.

Solo.

En las ciudades de sus ojos fumaban dos marinos toda la música del Univeeso con las redes tendidas a la VIDA.

El poema de la cárcel

En dónde están los hombres y sus picas de libertad?—Pasan de frente y ni el acero de sus ojos se clava en la piedra de mis entrañas

Pasan—pasan—no me reconocen—Y yo sigo inconvulso sobre las murallas del tiempo. Soy la eternidad hecha piedra.

Todo se derrumba, todo concluye y se renueva — SOLO YO QUEDO

Y los hombres de la Libertad siguen pasando con sus picas, sin mirarme Y sin embargo, estoy de espaldas a la civilización—y a la humanidad—Y soy el rezago de la fiera que todavía se alimenta con la sangre de los hombres.

Soy el límite, el Exterminio, la Frialdad y la Ignominia—Y soy la verdadera Tumba porque en mis entrañas procreo el odio y la aberración—Los hombres de ojos abiertos como espejos impasibles me entregan a los hombres, hermanos—Hombres que lloran al entrar y salen asustados porque yo les devuelvo espectros, babeantes de odio y de tal

modo arraigados a mis piedras que ya temen caminar bajo el cielo libre sin la mirada del centinela — Y tanto es su miedo que se vuelven a mí definitivamente Soy un pulpo que me alimento de conciencias.

Preguntad a uno solo entre mil de los que han tenido que abandonarame qué es lo que más aman, y os dirán invariablemente:

—LA CARCEL!

llameándoles los ojos de una perversidad inconsciente.

Sí, me odian, me maldicen, pero si de lo alto de mis muros cae una piedra, cien hombres la restituyen

Soy INCONCLUIBLE.

Pero los Hombres de la Libertad no vienen con sus picas.

Ya mis entrañas están ahitas de blasfemias y de sangre—mi silencio estrangula el grito grande de la Humanidad

Dentro de mi recinto todo grís el sol tiene vergüenza de llegarse porque he vencido para siempre su luz

Todo es grís en mí grises los hombres que aprisiono dentro de mis piedras grises

Hombres de la Libertad reconocedme:

—SOY LA CARCEL

La única mano que ahogará para siempre vuestro grito

Traed vuestras picas

Derruidme

O sobre los escombros de la Tierra levantaré todavía mis murellas de piedra. incommovibles y eternas

La sonrisa de Cristo

Pasaba el Hijo del Hombre por el mundo.

Las multitudes subyugadas, pendientes de su divino decir, como de mágica escala suspendida al cielo, le seguían.

Y el lírico y dulce pastor de ovejas, con el cayado de la Bondad en la mano, llevaba a la grey por el sendero. Y sus labios rebosaban frases con sabor a ternura, como jamás tuvo ninguno:

«Amaos los unos a los otros, porque todos sois hermanos bajo mi padre Celestial».

Una vez, llegóse una mujer. Seguía en ola furibunda, el pueblo indignado. La mujer, enloquecida de terror e intuitiva de la piedad del Justo, se refugió a sus pies.

Y Cristo preguntó:

—¿Por qué la insultais?

—Es una adúltera, rugieron hombres y mujeres de la turba, no la toques, Señor.

La mujer cesó de gemir y quedó en actitud suspensa, temblando por el fallo fatal. Cristo la miró. Los ojos de la pecadora, húmedos aun de llanto, el gracil cuerpo gentil, los brazos sobre el pecho, sosteniendo la clámide rasgada y como defendiendo el corazón, toda ella, ingenua y pueril, lo hizo meditar.

La multitud les miraba en silencio.

Y Cristo vió:

Era el marido hombre tozco y brutal. La faena diaria, le daba hambre y sueño. Satisfecha la una, dormía. Y su caricia a la esposa fué siempre como zarpa de fiera.

La joven mujer se consumía en soledad, como una flor abandonada.....

Pero vino el amante armónico y hermoso, y cantó a su juventud. Y algo dió en su fondo un grito tan fuerte que cubrió toda otra voz. Era como el clarín de oro del Sol que hace temblar la Tierra cuando se anuncia. Y ella amó. Y los hombres dijeron: pecador!

Cristo atrajo hacia su pecho a la culpable que se guareció presurosa, y tendiendo la mano en amplio gesto sobre la muchedumbre, les habló:

—Aquel que se sienta sin culpa, que arroje sobre ella la primera piedra.....

El pueblo aturdido fué disgregándose.

Sobre la cumbre enhiesta, pensaba el Cristo.

Era la tarde. Al ocaso, se hundía el sol en rojo y gualda, y lentas nubes negras entoldaban el cielo.

La hora grave, silenciosa y sugerente.

Pasaban raudas las aves, y su canto final era medroso, como poblado de augurios. Lejanos, los olivos oscuros, se volvían quietos en inmovilidad fantástica.

El aire frío agitaba las mangas de la túnica amplia que se movían acompazadas como dos alas prontas.

Cristo, sentado en una roca, apoyaba los codos en las rodillas y el mentón nazareno en las ascéticas manos de marfil. Y tendía el enorme mirar de sus ojos color de miel oscura, hacia el pequeño mundo que tenía a sus pies.

La Hora de la Tentación.

Y estaba Cristo solo, lejos de las miradas de su padre celeste.

Una secreta voz recóndita, le hablaba. Una voz que palpitaba en su corazón como sobre cuerdas tesadas.

«El mundo es tuyo. Al fluido de tu voz magnética, los pueblos te siguen con el alma postrada. Eres dueño y Señor. Todos creen en tí, y no hay palabra salida de tu boca que recoja el Vacío. Los llevas como el pastor a su rebaño. La Humanidad está vencida. Tu palabra es la fé. Van ciegos y conflagrados tras de tí»,

Mas, otra voz suave y tranquila, respondía desde el fondo de su espíritu:

«Yo vine a eso. Mis treinta años de meditar en el silencio del destierro voluntario, me mostraron la amarga y sutil Verdad Unica. Y ella hizo en mi corazón la piedad y el renunciamiento, y el hondo e íntimo desprecio... No amé nada con amor egoísta, porque sabía cuan vano era amar, ya que todo es perecedero bajo el sol... Y vine a los hombres porque los sabía ciegos, locos, enfermos de incertidumbre caminando a tientas... Porque los sabía débiles y vencidos... Porque los sabía desesperados ante el presentimiento de la eterna sombra sin auroras... Y era preciso un evangelio de esperanza y de fe... Una

amable mentira que les hiciera morir sin maldiciones, sin terrores, sonrientes... Por eso dejé mis soledades, y mi ideal ya es...»

Y la otra voz profunda e insinuante, cuyo eco parecía venir de las cavernas de la Tierra:

«Pero, y tu corazón...? No lo sientes amargo y dolorido?... No lo sientes vacío y con apremios de colmarse?... Tu corazón no ha muerto. Lo has visto vivo ante los raros ojos, ante los bellos ojos de la culpable incomprendida... Ah, esa mujer... Su alma es tan dulce como la miel que destilan los dátiles en el desierto... A musgo aromado de aceites, huelen sus carnes túrgidas, y la túnica de oro de sus cabellos sueltos... Teniéndola a ella, has de amar la vida, y sentirla tan grata como jamás lo fué en tu estrecha celda de Etiopía, junto a los viejos infolios sabios y amargos... Amala!... Unidos tú y ella, rodarán las ofrendas a tus pies de señor único y tendrás un reinado de gloria... El mundo olvida pronto, y luego que tu mueras, de nada habrá servido el sacrificio de la única ilusión de tu vida... Sé feliz... Te ama esa mujer...»

Como sacudido de súbito anhelo, irguióse el Cristo. Surgía cerca el astro de oro en forma de mujer, ante sus manos tendidas en súplica. Surgía con sus ojos dorados, con su pálida tez... con sus veos deshechos...

Una ráfaga fría, le azotó el rostro con violencia, y vencido, tornó al asiento duro de la roca.

Cristo temblaba como agitado de intenso frío, y gemía, hundida cabeza entre las torturadas manos blancas:

«Oh, no!... Sería defraudarles... Yo soy su esperanza... Si yo les falto, se hundirá el templo de fe que he logrado levantar en sus corazones. Y desgarrados, perdidos en la noche, rugirán para siempre, esclavos de su dolor y de su miedo a la sombra sin auroras... Y me maldecirán... Oh, no!... ser frágil como ellos, ser débil como ellos...»

Amar!... ¿A qué entonces mis luchas?... La Humanidad está sola como rebaño en el yermo arenado y traidor. Yo soy su guía... Y ya no tengo corazón... Yo disequé la carne...

«Deliras... Te engañas y te pierden tus temores... Si el mundo se salva, olvidará tu nombre y nada te dará en pago de tu inmola-
ción...»

«No importá! Yo vine a eso: sacrificarlo todo porque los hombres creyeran en una luz, porque se reconocieran hermanos y cesaran sus odios mortales. Porque tuvieran esperanza, puerta abierta hacia a Dios... Y después, nada he sacrificado porque nada quería para mí... Todo es perecedero bajo el sol... Mi credo hará una religión de amor y de fé, y como antorcha luminosa e ideal, alumbrará la ruta, y la humanidad caminará confiada... Quiero cumplir!...

E irguióse el Fuerte.

Sobre el picacho altivo le envolvió la última llamarada de sol y su túnica blanca se iluminó en un trágico incendio. Empezaba la noche, sin aves ya, en misterioso silencio. Y Cristo, tendidas las manos hacia el pequeño mundo que tenía a sus pies, alta la frente aureolada, cerró los párpados y sonrióse. Sonrióse largamente.

En el aire flotaban las vestes albas cual si fueran dos alas preparándose al vuelo...

La multitud imantada le seguía.

Suave su decir, como reguero de estrellas en el sereno azul, como remanso de agua fresca, como blando pan: ponía lágrimas en los ojos y quietud inefable en los espíritus prosternados de los hombres.

La pregunta de hacía siglos halló respuesta. No más congojas ni temores. El hombre iluminado les hablaba, y todos los ojos miraban la ruta ideal que conduce hacia la bienaventuranza.

«Yo soy el Buen Pastor que amo a mis ovejas y las defiendo de todos los peligros...»

«Venid a mí los faltos, los enfermos de pena. Yo os diré palabras de consuelo y surgirá una nueva aurora para vuestro corazón. Que no se hizo el pan para los hartos, sino para los que han hambre...»

Y al conjuro de su voz, abandonaban su lecho los enfermos, y su tumba los muertos. Besaban los hombres el borde de su traje y las mujeres le ungián los pies con esencias.

«¡Hosanna!... Bendito sea el que viene en nombre del Señor. El eterno nos lo envía para nuestra salvación... He aquí que se cumplen las profecías y llega el hijo del hombre...»

Cristo tendida la mirada sobre el humano mar que rebullía a sus pies se sonreía.

«En verdad, en verdad os digo que todo el que creyera en mí se salvará. Porque vine de parte de mi Padre que está en los cielos, a mostraros la verdadera senda de la luz y de la vida».

Navidad

Yo era siempre el mismo, con las miradas turbias de melancolía, sin saber dónde poner en los días en blanco la muerte que tengo en la espalda—Danzaban los 12 números del reloj en círculo roto para disparar el peso de los insultos al azoramiento de mis débiles años—8 tristes figuras que se pasaron.

En los días sin nombre, porque se habían olvidado en mi calendario, desfilaban las fiestas sin dejar huella, como un peregrino por el camino.

Los niños de la escuela, palpitantes de alegría llegaban como pájaros a cantar bajo el sol de otoño, trayendo en las manos los clarines del entusiasmo y los tamboriles de la danza infantil con los vestidos color de mañana boreal donde yo no podía llegar con mi traje de percala sin bolsillos, porque nunca tenía nada.

Esto era en todas las fiestas—Y un día de diciembre yo ví danzar a todos los niños bajo el olor de los ponches de almendra con

sus árboles de navidad SOLO YO NO TENIA—Por qué se olvidarían de mí?

NO!

Yo buscaba siempre en los días las lágrimas de mi madre que corrieron por mis ojos, yo buscaba en las noches los suspiros para llevar muy de madrugada al mercado donde nadie me quería comprar—Y aquel día de Jesús yo salí gritando mi corazón, pero nadie me quería comprar también

Yo vi danzar a los niños bajo el olor de los ponches de almendra con sus árboles de navidad

2

Mis hermanos menores se hacían llorar jugando con sus sombras en el patio donde llovía el sol, esperando con los ojos prendidos en la puerta la llegada de algún mensajero.

Mamá también esperaba, no la llegada del mensajero, sino mi llegada

Cuando yo asomé a la puerta con mi cara de niño pobre ví a mis hermanos que se rieron por primera vez en su vida, pero mamá se puso a llorar y yo también sin saber por qué

En el cuarto se hacían señas las sombras y de la pared, el anciano reloj con su voz gangosa nos lacraaba el corazón con la angustia de nuestras vidas miserables

3

EL SOL DE NAVIDAD QUEMABA LOS ÁRBOLES Y LAS
HOJAS CAIAN COMO PAJAROS
HERIDOS A PICOTEAR NUESTRO DOLOR—

El Motivo

«.....Tenía hambre y quería pedir perdón. Pensais? Perdón. Por qué?... Yo no sabía, pero junto con la idea de mis mandíbulas inactivas y de mi estómago expectante y vulgar, salía el vocablo amargado, fácil: «Perdonadme»! No comprendía por qué -

• Era la mañana bellamente nublada. Si no hubiera dejado de comer tantos días, seguramente mis dedos no estarían morados, crispados, secos. Y hubiera sentido un dulce goce artístico viendo diluirse los contornos agudos de las cosas en la bruma azulada, Pero nó. Tenía frío, y a la vez con mi vagoroso deseo de comer, salía la queja: «perdón»! Que? Es que tener hambre es pecado y hay que arrepentirse? La palabra me humillaba. Por qué subía así bajita, medrosa, del corazón a los labios? Y no es que yo tuviera envidia. Pasaban gentes alegres, niños alegres, gordos, satisfechos. Pasaban autos con choferes robustos, cuyos labios destilaban el delicioso humito tibio del cigarro. Yo no pensaba que ellos, todos, estaban con los estómagos colmados.

Yo solo sabía que mi estómago estaba vacío.....Y al pasar por los restaurantes, me imaginaba que las viandas eran criminales de ofrecerse a mis ojos así, tentadoras, llamativas... Y nuevamente pedía perdón... Fué antes de todo. Por la mañana. Por la noche ya, luego de una larga vagancia llena de presentimientos inútiles, al fin, la amarga e irónica palabra que carcomía mi corazón injustamente, se modeló, tomó relieves. Y supe que mi perdón tenía causa. Era fatal. Se adelantaba. Entonces fuí derecho y robé. Biscochos que se enfriaban en un montoncito indefenso sin que llegaran compradores. Biscochos que se arrugaban con el frío y con la lluvia. El chiquillo haraposito estaba de espaldas. Llovía mucho y sus piernas desnudas y flacas temblaban, como todo yo, como mi estómago vacío. Pero yo le robé el montón y corrí, y lo engullí de varios tragos famélicos.

A lo lejos hasta mi oscuridad, llegaron los llantos del chiquillo que se quejaba doloroso: «ahora me pega mi mamá!.....»

Yo senreía. Y de una vez, fuerte, me salió la palabra, ya sin que me temblaran los labios, ni se resistiese el corazón: «Perdonadme

.....

Las ciudades atestadas de gentes miserables—descomponían el ambiente con sus caras de angustia—Todas las colmenas del trabajo rebosaban y el saldo de obreros sin ocupar formaba enormes columnas delante de las puertas cerradas—

Los burgueses, los capitalistas, y los dueños de fábricas, agestaban las caras «se les pudiera aprovechar—amasarían mas dinero—pero no hay donde—hay que desaparecerlos».

Entonces uniéndose a los burócratas y a los gobernantes, abrieron sus pomos de miasmas y los regaron sobre la multitud hambreada y febril—Y sonaron los clarines en las ciudades atestadas de miserables—

—La guerra—viva la guerra!—

Los hombres sin trabajo, las mujeres con sus hijos en brazos, harapientos y sucios, tenían una expresión indefinible—Era como si se hubieran abierto las puertas de una ciudad sitiada—

El contagio cundió rápidamente, y de todos los labios, como bahos de muerte, brotaba en aecidos:

—La guerra—viva la guerra!—

Entonces todos fueron ocupados—Hombres lánguidos, de ojos saltados por la rabia de la miseria—herencia de Dios—desfilaban por las calles vestidos de soldados, sonriendo—Sus mujeres y sus hijos, satisfecha su hambre con la primera propina del soldado con lágrimas alegres, les veían partir a la muerte—

Los burgueses, los capitalistas, los gobernantes, sonreían—
«Al fin vamos a vaciarnos de esta plaga—Ya nos podemos ex-
tender sobre la tierra».

La Muerte en sus plataformas—senreía—

Las ciudades oscurecidas por temor a los aereoplanos portado-
res de bombas, semejabán cementerios de larvas por las que se arras-
traban de vez en vez sombras medrosas, con farolillos de mano para
encontrar el camino y cuya luz de luciérnaga rasgaba debilmente la
noche—

Pero en los subterráneos ya era otra cosa—alumbrados hasta doler
la mirada, se habían convertido en los palacios de los señores—roda-
ban las botellas vacías, por el suelo brillante—y se derramaba en las
viandas perfumadas el champagne de los ricos—Hombres y mujeres
reían—mientras afuera, en la ciudad vestida de negro—reventaba al-
guna bomba abriendo como una espada de fuego, las entrañas de algu-
na casa pobre—

Como lobos salían los espías de las trincheras, y arrastrándose
en el barro de la lluvia y de la sangre, iban a sorprender al enemigo—
A veces los cojia los alambrados entre cuyas púas quedaban prisione-
ros desgarrándose hasta la llegada de la muerte—

Vida de trincheras con olor a cadáveres frescos—Inyectados de
morfina para no sentir sobre sus carnes los picotazos de los cuervos—
Aguardiente y morfina, alimento de los soldados, que a la hora de pe-
lear llevaban la serenidad de la inconciencia, y a la hora de morir, les
atravezaba sus alfileres helados la locura—

El espía Henri Barbusse, llegó a las trincheras enemigas -era un
gusano gris sobre la tierra negra—No había visto nunca al centinela de

a otra trinchera que un instante ahora, bajo su envoltura de soldado, se había hecho hombre para cantar una canción bañada de lágrimas—sus compañeros de trinchera le escuchaban en silencio—Si, los padres viejos, los hermanos pequeños y los otros hermanos los mayores, muertos ya—como ellos mismos, futuros cadáveres—Y la Vida dulce y clara y alegre, para quién?—para ELLOS—para los señores»—Todos se pusieron alerta - sobre las trincheras se levantaba la escuálida figura del espía enemigo Barbusse, cuyos ojos de loco iluminaban su cara de fantasma, donde se estrellaba la noche - Todos callaban, heridos de sorpresa, y él, con su linterna en la mano huesuda, les examinaba las caras como si fuera la primera vez en la vida que veía rostros de hombres—

— HERMANOS! —

En la cara de Barbusse se dibuja la cara de Cristo—

.....
Al alba seis soldados de la trinchera del centinela Franck Kebler el cantor de la noche; y un espía enemigo, eran adelantados a la muerte - por traición y espionaje—

Contra la pared improvisada, esperaban con los ojos abiertos - pero antes un grito ronco y formidable, cual otro estampido de cañón, salió de sus pechos vacíos:

—¡MUERA LA GUERRA!—

Las balas de los hermanos les abrieron las puertas de la vida indiferente - sobre la tierra ese día eclosionaron enormes frutos rojos y negros de cadáveres - para la orgía de los ricos -

Pero en sus terraplenes, la Muerte con los brazos cruzados en su mortaja, sollozaba -

La sonrisa de la Locura

Un hombre?

Sí - Era un hombre divinamente frívolo, triste y sombrío como un nácar, con sangrientas miradas de terror, y los labios rojos de blasfemia, cuyos angulos castigados por el pensamiento aprisionaban una sonrisa eterna,

Ah, la sonrisa cruel y satánica, impregnada sonrisa de tristeza y melancolía eternamente viajera por la cara de emoción donde se han quemado las alegrías de la vida -

Muerto dentro de él como un veneno en su tubo lagrimeaba la angustia de su imposible realización en la pizarra más negra de su pensamiento: la noche; y surcaban extraños huéspedes con ojos de asesinos - todos llevamos de asesinos - y manos adúlteras por los puentes levadizos del cerebro a arrellenarse en el abismo de sus nervios flojos y cobardes para sonreír ante la tragedia de la muerte con una inconciencia de locura -

El mal macerado en su espíritu y en sus carnes con tentáculos negros que sorben las preguntas más viles del castigo hacían lamer en los días la maldad de su sonrisa -

Miraba el tremendo dolor de los hermanos, el amargo y dulce amor de su vida, con la tristeza profunda de una sonrisa demoníaca, haciendo verter lágrimas congeladas de tensión por los surcos donde ha caminado la timidez de los ojos que miran indiferentes la inminencia de la tragedia - Pero su egoísmo salvajemente bordeado de orgullo con campos de anarquismo hacía flamear las banderas rojas de la REVOLUCIÓN, amenazando salvar a su país de la tiranía. Toda su fuerza conulgaba en extirpar desde la raíz la miserable burguesía y el militarismo—únicas cosas que no tienen razón en el siglo XX -

Se llamaba Julian Petrovick - Ardían en su expresión todas las caras del crimen con gestos inconexos de asilado, pero una voz subterránea lo decentraba del círculo viciado de la «buenas personas» hasta temerse como si presintiera al ahogador de su cuerpo de papel; arastrándose dentro de su proyección para perderse en la noche que alcanzaba después de haberse envenenado en sus miradas casi verdes de cieuta para llorar junto a Dostoievski

Pero la Ciudad llamaba con una voz fuerte y tumultuosa, con esa trepidación que aman los hombres de hoy, para incrustarle las rubias mañanas de miel con todo el ajeno de la pobreza - El no veía sino las bocas del HAMBRE frotadas de estriénina por las manos del dinero, sonrojándose de su impotencia para salvar -

Sólo, gritaba con la desesperación más grande que humanamente se puede errear, pero todos huían -

Por qué esta impotencia!

Los niños lloraban y las madres muertas enseñaban el vientre podrido de miseria, pero los hombres, los hombres huían cobardemen-

te dejando sus niños envueltos en los dedos del EXPLOTADOR.—

Oh, si pudieran gritar todas las bocas trizadas y levantar los brazos los muertos cobardes que huyen!

Sólo. En la multitud desesperante con olor a muerte era invadido por la sonrisa que había roto la protesta de sus dientes que en el suelo blanqueaban y con los dedos crispados se arrojó fieramente a la garganta de los infamadores, pero sangraba su cuerpo en convulsiones de LIBERTAD y con enormes ojos dilatados ahogaba los sollozos de su corazón—

Llegaba el día siguiente y los hombres todavía huían.....

Y él, ante la plataforma de la tierra se le humedecían los ojos para secar con la sangre que sus heridas vertían—Pero.....

Aquella sonrisa delatadora había desaparecido en el teatro de su cara y reía con todos los pecados reflejados por el dolor del abandono, viendo a la distancia perderse los hombres que dejaban sus hogares sin el castigo de su sonrisa—

N o c h e

En su cara de indio, peluda e indiferente, relucían dos ojos como dos vidrios alelados—Su cabeza rapada y sucia tenía las protuberancias de la genialidad o del crimen—Estaba en un sótano—A donde la luz se negaba a llegar - y fantásticamente, una cadena mascullaba su acero en uno de los tobillos del hombre—

«Dos veces asesino»—dijo el alcaide a manera de dato y siguió—

Pero las lagunitas amarillas de sus ojos—pedazos diminutos de sol—estriadas de sangre, me miraron con fijeza—Se arrastró hasta las rejas con esa indolencia del que no hace nada—y ya bañado en la piedad de la luz, pareció mas humano—

Atras«—ordenó el alcaide, con los látigos de su mirada—el preso no se movió—

«Quiere dejarme unos minutos?»—

El alcaide sonrióse—

—Pero que le interesa?—es casi una bestia—aulla—grita—Está medio loco—¡Dos veces asesino!—pero si usted lo quiere vuelvo dentro de diez minutos.

Yo era joven—Tenía 18 años—dijo la voz descalabrada—Era peon en una hacienda—Mas lejos en un pueblo, vivian mis padres *y una mujer*—No tenia nada—mi salario era mísero y todo lo debía al hacendado—No tenia ropa—pero que alegre y dulce era la vida—pensaba en tantas cosas bellas!—tenia esperanzas—No se llama así?—*e s p e r a n z a s*—» Los hierros de la reja crugían bajo el apretón de sus manos de uñas engarfiadas, hechas hierro tambien - y sus ojos prendidos en el techo ennegrecido de la prisión - parecian buscar un agujero para constatar la realidad de la luz -

ESPERANZAS!—

Una noche se me perdieron dos corderos—Salí por el monte a buscarlos—No los hallé y regresé desalentado—lloraba casi—lo que me eran dos corderos—Derrepente sentí correr—Dos hombres atravesaron la maleza y se hundieron en el monte—Mas lejos hacia la casa del patron, los gendarmes gritaban «Alto o hago fuego»—Yo tuve miedo y me agaché—ellos avanzaron y dieron conmigo—

Ah, tu eres—tú—

—Yó?—Sí, yo soy - yo— les dije -

—Tú has asesinado al administrador para robar -

—Yo? Nó - grité, pero fué inútil - Me amarraron y me llevaron—El patron no dijo nada - Y era envano que yo dijese llorando que fuí a buscar a los corderos -

Me trajeron entre gendarmes a esta cárcel - Yo esperaba - no

dejaba de esperar - Mis padres, ella? - Pero todos habían muerto porque nadie me buscó -

Al principio contaba las horas - los días - los meses, - luego - me fui olvidando - Veía el sol sobre los patios de la cárcel, y me acordaba de mis campos - ya volveré, decía -

Pero la cárcel, es la cárcel - Allí donde todo es igual, y no hay una sola mujer que nos alegre - y las bayonetas de los gendarmes se cimbran tantas veces sobre nuestras espaldas - y parece que siempre fuera noche - Y todos relatan cien veces «su crimen» con angustiosa alegría - y todos quisieran *volver a matar*..... Allí me hice criminal -

Me faltaba muy poco para salir - Cuántos años? - No sé - Se me perdió el tiempo entre los dedos que no alcanzaron a contarlo - Como el día era igual a la noche, llena de presentimientos y temores -

Tenía miedo y ansiedad - Ser libre! - Cómo sería aquello? - Lo había olvidado -

Cuando salí, el viento de la ciudad latigó indiferente mi cara de penitenciado - Nadie me miraba - Y yo en todas las caras buscaba los dos ojos del centinela - Tomé un tren y me marché a mi pueblo - Allí estaría mejor, y recordé su sol y sus campos - Ellos me quitarían este miedo - este miedo, señor, de ser libre - Pero el sol cayó sobre mis espaldas como las bayonetas de los soldados - La cárcel era fría - Ya no podía amar el sol - Vagué todo el día buscando a mis padres, a mi mujer - no estaban - Realmente todos habían muerto - Mi pueblo mismo había muerto - Sobre él, se levantaba otro pueblo donde nadie me conocía porque jamás había estado - Yo caminaba como un fantasma, perseguido por los ojos llenos de repulsión de las gentes - Como los perros perseguidos, pasé toda la tarde acurrucado en una choza derruida - También me daban miedo las gentes y no podía soportarlas - Lancinado de angustia, esperaba - Qué? - Qué al-

guien me reconociera? - Quién era yo? - Pensé con horror en los días que vendrían, los días de libertad - Y todo el frío de la sierra que bramaba en el dolor del viento, se incrustó en mis arterias - Así, como los perros rabiosos, escondido, debería vivir - Porque no había nadie que conociera y me llevara a su hogar -

Oscureció profundamente - y yo sentí un alivio - siquiera la noche no tenía la aplastante libertad del día - Yo entraba en ella como en la celda de la cárcel - Me bajé y besé la tierra como si fuera el suelo de la celda - Musaraña de sus paredes infectadas, esa noche juré regresar a la cárcel - Allí donde me llevaron llorando, debía regresar alegre -

Al amparo de la noche que me envolvía, caminé - caminé largo tiempo - Al alba me hallé en el campo - Los trigales se mecían, como al compas del canto de los pájaros - Me estremeció una sensación extraña - Y creí que yo estaba robando la alegría que brotaba del campo - Mas lejos, sentí una tonada de mujer - Corrí sigilosamente, como se corre en la cárcel - Cuando estuve cerca de ella, la miré con curiosidad - Era bella, casi niña, parecía un tallito, erguida sobre sus pies desnudos - Tuve rabia - A su lado, una canasta de panes y queso - Al mismo tiempo de la cabeza hasta los pies, me sacudió un temblor - E r a u n a m u j e r - Qué me importaba? - Y recordé las charlas de la cárcel—cuando llorábamos de angustia—

Ella cantaba como burlándose de mí, mientras juntaba un hato de gavillas - Su casa estaba lejos, entre eucaliptos que ennegrecía la claridad del alba - U n a m u j e r ! - Estaba jnnto a ella, agazapado en los trigales - De pronto, ladró un perrillo minúsculo que tenía a su lado - Di un salto y le trituré los huesos - Ella lanzó un chillido y echó a correr, mientras yo la perseguía con toda la rabia de mis veinte años sin mujer -

HABIA LLEGADO MI HORA DE SER CRIMINAL -

La alcancé entre los eucaliptos, muy cerca de su casa - Pero gritaba mucho y yo no podía dominarla - Antes que salieran en su auxilio, le golpee la cabeza contra unas piedras y entonces se calmó - Sus grandes ojos azorados, se cerraron llenos de lágrimas - Pero fué inútil ya - De su casa salieron gentes y me la arrebataron - De la nariz y la boca le salía un hilillo de sangre - Estaba muerta - y yo era el asesino - Recien había muerto yo a alguien -

Con qué alegría me entregué a los gendarmes que fueron por mí - Todos creían que iba a resistirme y a huir - pero nó - Las gentes me miraban asustadas -

Solo tengo este recuerdo: los ojos de la niña, grandes como los de las llamas, que me miraron curiosos, llenos de terror, como si hubiera sido un fantasma - en ellos pude ver mis ojos, cruzados de rayitas de sangre.....

Sí - dos veces criminal: el perro y ella.....»

Se apretó mas a las rejas hasta hacerlas crujir - como si sus dedos de hierro la estuvieran limando - Sus dientes enfilaron sobre su cara de bestia con el brillo de una hoja de acero - Y la sombra relampagueó en sus ojos amarillos - Luego se arrastró al fondo de su celda, de donde trashumaba un olor a miasmas y a humedad - Sus cadenas crujieron un rato, y después pareció como si hubiera oscurecido -

H I E R R O

y llegó el hombre
amasando una sola idea para prender las mañanas en las paredes del
cielo a manera de reclamo -

Con gran escándalo!
se reveló la luna contra la Via Lactea y los anarquistas aereolitos pre-
pararon la revolución de Astros -

Y llegó el hombre a la ciudad abriendo las cinco esclusas del
cuerpo para cortejar a su majestad el Ruido - pero un pensamiento se
entornilló en el cerebro como una gran verdad, en esa instalación eléc-
trica de un millon de vóltios donde el espíritu fuma el meridiano en
la pipa de sonrisas donde se queman los ojos de ver tanto a los 1000
H. P. del tiempo -

El tiempo enroscado en el índice como una antena, en cuyas
ondas las crónicas mundiales vienen manchadas de sangre, incandonos
con esta única canción:

Soy del mundo
traigo la canción de mi sangre
con las razas que se cruzan en mis venas
para morir en la espalda del mar
único camino de los rebeldes

Viva la Libertad!

El viento cantó una canción canalla, desde entonces la Internacional gritó como si aullara a los hombres hasta que ellos escucharon -

La obra empezó
En la Ciudad todos los pitos callaron:

han muerto los burgueses -
Los obreros en las calles reían como si tubieran una mirada de Dios, abrazándose como niños, pero lloraron como saben llorar los hombres—Los niños se sonrieron junto con el sol al ver la alegría casi dentro de ellos — Las mujeres con las cabelleras flameantes caminaban en silencio y cuando pasaron delante del hombre se arrodillaron sobre la tierra que ya era de ellas.

Pero todavía humeaba la sangre caliente con la protesta del polvo—los perros se quitaban las cabezas arrastrando los intestinos— y los hombres furiosos como rayos decapitaban mas y mas hasta teñir el panorama de terror—

La bandera roja palmeaba la frente del viento haciendo sonar los pliegues de la alegría—

Fué por primera vez que en el campo el paisaje se musicalizó y las pájaros cantaron por todos los cardinales, amapolas de alegría—

Fué entoces cuando los toros y las fieras con sns ojos donde se retraba el horizonte recién despertado del dolor mugían en una pascua de liberación abriendo con el hombre la tierra donde germinaron las las semillas como nunca—

Allí crecieron las raices del Derecho y la Justicia, pero una vez arborecidas, los hombres dueños del mundo—UN DIA TODO LO PERDIERON!

Caminos Rojos

Sigmo vino de Rusia—

Traía en sus manos sus lámparas alucinadas, que prendiera en la cauda revolucionaria del último cometa que pasó por la tierra—para iluminar la oscuridad de los hombres— pero los hombres le miraron con miedo—

Traía en sus ojos el panorama de las viejas ciudades putrefactas—La China miserable y viciosa gangrenada por sus 4 costados—Rusia, cuyas anchas estepas de nieve abrigaban tantos cadáveres esclavos—Inglaterra la feudal, entre cuyas garras agonizaban los esqueletos de Irlanda y la India—Francia, donde son amos los burgueses haciendo la esclavitud mas asquerosa—Italia, en poder de un Mussolini renegado de la causa libertaria y exaltador de los tiranos—y España, la tierra de los monarcas sifilíticos, donde un vulgar uniformado plagiaba al desertor Mussolini—

Sigmo tenía la frente partida en cruz por el dolor del pensamiento—Y había nacido esta vez en América, en la tierra de un tirano sin nombre que levantaba su fantasma de papel ante la cobardía de los hombres—Explotador impune de un pueblo miserable de quien extraía el oro en chorros de sangre que luego aseguraba en los Bancos de Inglaterra—

Las larvas de la miseria trepaban las paredes del proletariado, que se ahogaba en su cárcel porque ni el aire le pertenecía—Pero im-

potente, se atragantaba su angustia ante el poder del tirano que reforzado en las dos malditas razas de Cain, el clero y el militarismo, deportaba, encarcelaba o mataba—Y cuando iba a alguna fiesta, escoltado de soldados—el pueblo, babeando odio, pero cobarde—le aplaudía con la cabeza inclinada

Eran los tiempos de la fuerza y de la espada, cantados por los poetas, y América contaba una media docena de tiranos que debilitaban sus energías de pueblo joven—Pero todas las voces enmudecían

Había llegado la hora de que Sigo inyectara sus ampollitas de rebeldía en el espíritu doblegado de la clase obrera—Pero los señores apocados en la esclavitud y el hambre, temblaban a la idea de perderlo todo

Se habían reunido en asamblea porque contra todo el dolor de sus espaldas, tenían miedo de la guerra—Y ya en los aires de la ciudad se paseaban los miasmas de la guerra

Hablaban en voz baja con el temor de que sus palabras atravesaran las paredes y llegaran a los esbirros del tirano—No querían la guerra por sus hijos, por sus mujeres que acabarían de morir en la miseria—Y sus palabras morían estranguladas por la angustia

La guerra!—Como el tirano presentía el desmoronamiento de su castillo de naipes, quería despertar en el pueblo la bestia de la lucha, y los lanzaba contra los hombres del Sur—Y azuzándolos como el cazador a sus perros, al día siguiente se iba a a realizar un gran miting patriótico, donde formaría el ejército que sería revistado por el tirano al frente de su Estado Mayor—Sigo escuchaba en silencio—Aquella noche definitiva, sentía vibrante la agonía de su cuerpo que no acaba-

ba de estallar—Y sus lágrimas por tanta cobardía, congeladas de rabia, le tasejeaban el cerebro

Nadie ocupaba la tribuna, porque entre todos, nivelados por el servilismo, no había uno solo capaz de dirigir su camino

Sigmo ocupó la tribuna—Las quinientas miradas le siguieron—y todos se pusieron en pié

Compañeros!—gritó en el silencio estupefacto de los obreros—, os cito para el gran miting de mañana—Si todos vosotros sois unos cobardes—yo gritaré mi protesta contra la guerra y contra la tiranía—Yo espero a los HOMBRES

Nadie respondió, y como en las noches precedentes, los obreros se marcharon en pequeños grupos, apretados en la cobardía del silencio—De vez en vez miraban al niño, cuyos ojos de acero refulgían como el azogue a la luz de las bugias batidas por el viento

Sigmo salió solo—con la serenidad de los Hombres—Había aumentado de estatura

Compañeros—es preciso que os lo diga porque no lo sabeis: la Patria no existe!

Veinte hombres le escuchaban—A lo largo de las calles, un público curioso se apretaba en fila para mirar el paso del tirano que iría a revistar al ejército—Sigmo en su tribuna de cajones vacíos, hablaba a los veinte ciudadanos, los únicos de la asamblea que se habían reunido en el lugar donde se había citado a los hombres

«La Patria es la tierra donde se nace—así dicen los lugartenientes—pero qué teneis vosotros de esa tierra?—La tierra es de los burgueses, de los explotadores del pueblo—de los tiranos—Vosotros mismos no sois de vosotros, sino de quienes explotan vuestras fuerzas en su provecho—porque no sois, obreros, sino *esclavos*—Estais vestidos de miseria, mordiendo vuestro dolor ilimitado, generación tras de

generación—Como perros, volveis contra vosotros mismos la rabia mendicante que os devora las entrañas—sin mirar a los verdugos, a los explotadores que hoy quieren lanzaros a la guerra—Os ilusionan con la guerra, como un mendrugo de pan para vuestra hambre—y vosotros que teneis ansias de matar vais contra vuestros hermanos de más allá—tan miserables y explotados como vosotros mismos—Qué os traerá la guerra?—Más hambre, más dolor, más explotación—Y que los tiranos levantan un poco más su insolencia sobre los escalones de vuestros cadáveres—Sigmo hablaba embriagado por la tristeza infinita de los hombres que contenían su pecho para que no se les rompiera el corazón—Su palabra era el vitriolo de los fuertes—primera bandera de revolución social—que caía sobre la casta de explotadores, burgueses y capitalistas de que estaba infectado ese país de América

Los veinte obreros se habían multiplicado—imantados por las palabras de Sigmo—Un enorme acecido salía de la masa humana, donde recién se habrían las válvulas de la comprensión—La voz del líder atravezaba las distancias para llegar a todos

Derrepente, todos los hombres se estremecieron. Hacia el fondo, surgía la carroza presidencial, defendida por una compacta escolta de soldados, en cuyas bayonetas caladas se enredaban los rayos del sol. La muchedumbre retrocedió empujada por las tropas que abrían paso al tirano

Una onda caliente que agitaba en los aires banderas invisibles, salía de la multitud -- Sigmo había aplastado todas las tapias de cobardía y por primera vez la sangre caldeaba las caras levantadas de odio

El tirano llegaba y todos esperaban en silencio -- El héroe debía darles la señal -- Sigmo también callaba, depositando toda la vida de su cuerpo en sus dos ojos centellantes

Al estrépito de las dos bombas lanzadas certeramente por el héroe, la muchedumbre enloqueció -- Huyeron los caballos y dispersóse la tropa, mientras la carroza presidencial partida en dos, dejaba su cargamento de miembros destrozados en el suelo -- Había llegado la hora de ser libres -- La masa humana, vibrante hasta el delirio, marchaba en ola incontenible hacia la mole de palacio que erguía el despotismo de sus muros

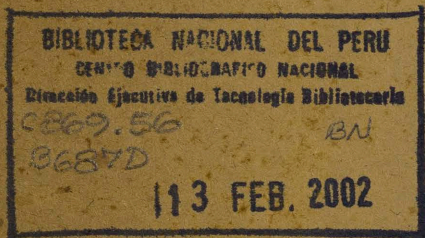
Sigmo siempre en alto, arengaba a los hombres que una vez para siempre se emanciparon de su cobardía -- Y derretidas sus lagrimas por la alegría, le bañaban la cara que se congestionaba gritando:

--Abajo la tiranía -- viva la libertad!

Una bala dirigida por los esclavos del tirano, se hundió en la cruz de su frente -- Cayó de espaldas, con los brazos abiertos

La ola humana seguía su curso incontenible hacia el palacio, sin detenerse a mirar al HEROE que en la serenidad de la muerte apretaba en sus labios -- como si fuera el nombre de la madre -- la palabra bañada en sangre y alegría

L I B E R T A D

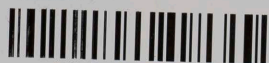


señales

el viento	X	magda portal
los hombres del mar		serafin del mar
el cosmopolitismo de mi amigo		serafin del mar
la sonrisa de cristo	X	magda portal
motivo	X	magda portal
navidad		serafin del mar
el pirata sideral		serafin del mar
hierro		serafin del mar
el poema de la cárcel	X	magda portal
el derecho de matar		serafin del mar
la sonrisa de la locura		serafin del mar
noche	X	magda portal
círculos violeta	X	magda portal
1914	X	magda portal
caminos rojos	X	magda portal



biblioteca
nacional
del Perú



0000373228

BNPCBN

Imp. Continental

Potosí 126

LA PAZ --- BOLIVIA

1926